LA MARIPOSA

Inocente mariposa
Que andas vagando sencilla,
Del Atoyac á la orilla
Las tardes puras de Abril;
Los cazadores te asustan
Y dejas la flor mas bella,
Pero retornas á ella
Y chupas luego otras mil.

Bates las alas azules
Por la ribera arenosa,
En donde la agua espumosa
Se quebranta con furor:
En tanto tú, sosegada,
Te diviertes á tus solas
Con ver las movibles olas,
Movibles como el amor.

En vano un inquieto niño
Te acecha allá entre las ramas,
Pues burlas todas sus tramas
Solo con querer volar.
No conseguirá el travieso
Despojarte de tus galas,
No te arrancará las alas
Ni aun te las podrá empañar.

Pura eres como la luna,
Y airosa como la palma
Que vive en la dulce calma
Del desierto en que nació.
Al alba el agua y las flores
Encantan tus bellos ojos,
Y por la tarde, los rojos
Celajes que el sol tiñó.

Lleno el corazon de luto
Envidio tus dulces dias,
Tus sencillas alegrías
Y tu inocente candor,
Mientras yo paso los años
En negra melancolía,
Lejos de la patria mía,
Mi dulce y único amor.

LAS

CUATRO ESTACIONES DEL AÑO

PRIMAVERA

La linda Primavera
Derrama ya sus flores
En los risueños prados
Y en los oscuros montes.
De rosas y jacintos
Los húmedos botones
Pomposamente se abren
Al céfiro que corre.
La amable golondrina,
Pasado el mar salobre,
Bajo el ruinoso techo
Sus huevecillos pone.
Orillas de los mares
Anidan los alciones,
Y los cuervos marinos
Vuelven á sus islotes.

Se esparcen en los campos
Becerros juguetones,
Y relinchan los potros
Y en la llanura corren.
La culebra escamosa
De brillantes colores
Enróscase en la yerba,
O súbese en el roble.
La acuática ninfea
Abre sus blancas flores,
Y en torno se zabullen
Zarcetas y anzarones.

ESTIO

Llegó, amigo, el Estío,
Ardiente y polvoroso:
En montes y llanuras
Marchito se vé todo.
Del sol al rayo vivo
Se hiende el duro tronco
Del cedro corpulento
Y del abeto hermoso.
La alondra no gorjea
En los ardientes olmos,
Y apenas la cigarra
Entona canto ronco.
La inocente cigüeña
Vuela al encino hojoso,

Y con el pico abierto
Va despues al arroyo.
Se bañan las palomas,
Y lento busca el tordo
El agua cristalina
O el carrizal umbroso.
Las flores de los campos
Doblan el cuello hermoso,
Y el viento las deshoja
Con su abrasado soplo.
En la callada siesta
Suda el pesado toro,
Buscando alguna sombra
En el monte selvoso.
Los céspedes se hienden,
Y llénanse de abrojos,
Y todo se deseca
Con el ardiente polvo.
Deja, mi amigo, deja
El campo caloroso,
Mientras que llega el bello
Y placentero Otoño.

OTOÑO

—

Han llegado los dias
De las hermosas lluvias,
Estacion de los granos,
Estacion de las frutas.
Agolpadas las nubes,
El relámpago alumbra,

El rayo se despeña
Y los truenos retumban.
Empápanse los montes
Y las secas llanuras,
Hinchados los torrentes,
Sus riberas inundan.
Se anima la pradera,
Las yerbas repululan,
Y el árbol desmayado
Se cubre de verdura.
La liebre espantadiza
Retoza en la espesura;
Mas, en oyendo pasos,
Se mete en una gruta.
Revuelan las perdices
Y las ruidosas grullas,
Y los negros zorzales
Los sembrados anublan.
Las espigas ondean
Al viento que susurra,
Y sus inciertas sombras
A cada soplo mudan.
Los árboles ya ceden
Al peso de las frutas:
Despréndense los cocos
Y manzanas maduras.
De vástagos flexibles
Cuelgan racimos de uvas
Entre el follaje verde
Que casi las oculta.

INVIERNO

Ya la cima de Ajusco
Está blanca de nieve,
Y sus árboles altos
Sin hojas aparecen.
Los plácidos arroyos
Detienen su corriente:
Secáronse las flores
De sus orillas verdes.
El toro entristecido
Lentamente se mueve;
Ni juega en la llanura,
Ni le alegra la fuente.
La cabra entorpecida
A subir no se atreve
Del peñasco musgoso
A la árida pendiente.
De tronco en tronco seco
La tórtola inocente
Vuela buscando sitio
Para su nido leve.
No atropellan los vientos
A los viejos cipreses,
Ni levantan las olas
De los mares hirvientes.
Naturaleza toda
Helada, se adormece,
Y mueren los insectos,
Y los árboles mueren.

LA DESPEDIDA

Ya me voy, pues me lleva el destino
Como la hoja que el viento arrebata.
¡Ay de mí! tú no sabes, ingrata,
Lo que sufre mi fiel corazon.
Estos ojos llorar no sabian,
Que el llorar parecíame locura;
Mas hoy lloro con triste amargura
A mis solas mi ardiente pasion.

Ya no espero consuelo en mi vida.
¿Qué podrá consolar mis dolores?
¿Qué me importan riquezas y honores?
¿Qué me importa este mundo sin tí?
Bajaré silencioso á la tumba
A buscar el perdido sosiego.
De rodillas, ingrata, te ruego
Que, á lo menos, te acuerdes de mí.

Ya me voy á una tierra distante,
A un lugar donde nadie me espera,
Donde no sentirán que me muera,
Donde nadie por mí llorará.

Cada cual seguirá en sus festines,
En sus bailes, y risas y amores;
Ceñiránse la frente de flores,
Y de mí ni siquiera hablarán.

EL CRUZADO

Un cruzado en Palestina,
Afligido el corazon,
A buen galope camina,
Y viendo que el sol declina
Dice á su blanco bridon:

Corre, caballo fogoso,
Por ese angosto sendero,
Vuela cual viento ligero,
Que yo te daré reposo
Cuando llegue adonde quiero.

Allá detras de esa loma
Viviendo está una doncella,
Sensible, inocente y bella,
Bella como la paloma,
Tan inocente como ella.

Voy á ver á esa querida
Que llora lánguida y triste:
¡Qué diferente la viste
Otra vez llena de vida!
Y hora quizá ya no existe.

Tal vez, pálido el semblante
Y cerrados sus ojuelos,
Se acabaron sus desvelos,
Y su alma pura y triunfante
Se alzó volando á los cielos.

Detras de aquella colina
Yo te quitaré ese freno,
Y descansando sereno,
Allí el agua cristalina
Beberás de arroyo ameno.

Mientras, todo mi placer
Quizá me robó la suerte,
Y nunca volveré á ver
A la sensible mujer
Que hora lucha con la muerte.

Corre, mi fiel compañero,
Dá al viento tus crines blancas,
Desprecia el despeñadero,
Salta leve las barrancas,
Que de congoja me muero.

A nado pasa este río,
Quiebra sus húmedas cañas,
Destroza las espadañas,

Que me aguarda el dueño mio
Mas acá de esas montañas.

Ya su casa allá blanquea
Entre los árboles verdes,
Ya se ve la chimenea:
Pero tú el aliento pierdes,
Y ya tu sudor gotea.

Anímate generoso,
Que ella pasaba su mano
Sobre tu pecho espacioso,
Y tú entretanto fogoso
Relinchabas muy ufano.

Por último, hemos llegado,
Se acabaron tus fatigas;
Come las verdes espigas,
Bebe el agua del ganado,
Y goza sombras amigas;

Que yo, quién sabe entretanto
Si encontraré á mi querida
Muerta, y por siempre perdida;
Y en tan inmenso quebranto
¿Qué me queda ya en la vida?

Al decir esto, se apea,
Y afloja al corcel la cincha,
Le quita el freno que humea,
El noble animal relincha
Y el suelo escarba y golpea.

Entra en la casa el cruzado,
Y al ver lutos se salió:
A su caballo cinchó,
Púsole el freno, y callado
A su campo se volvió.

LA AUSENCIA

En la playa de Aboukir,
De las olas frente á frente,
A su nazarena ausente
Un turco empezó á decir:

Pues se halla tranquilo el mar,
La noche pura y serena,
Y brilla la luna llena,
Quiero á solas meditar.
Bajo de estas palmas bellas
Recordaré mis pesares
En presencia de los mares
Y á la luz de las estrellas.

En tiempo mas venturoso
La ví por la vez primera
En esta misma ribera,
Junto á ese tronco musgoso:

Tal vez se estará acordando
Hora mismo de aquel dia
En que prometió ser mia,
Pensativa y suspirando.

Tal vez tus bellos reflejos
¡Oh luna! estará mirando,
Y quizás está llorando
Viéndose de mí tan lejos:
Yo tambien aquí á mis solas
Copioso llanto derramo,
Pues la mujer que mas amo
Está detras de esas olas.

Temo como desgraciado
Que no ha de llegar el dia
De ver á la hermosa mia
Otra vez aquí á mi lado:
El sol ha dado cien giros
Desde que espero á la ingrata,
Y no llega: así me trata
A pesar de mis suspiros.

Tal vez otro afortunado
Ocasiona esta demora.
¡Infeliz de la traidora!
¡Dichoso su enamorado!
Mejor hubiera querido
Quedar á tus plantas muerto,
En medio de este desierto,
Que verme de tí ofendido.

Mas perfidia tan horrenda
En tu corazon no cabe,
Que esa alma pura no sabe
Dejar del honor la senda.
Tal vez en sepulcro helado
Estarás callada y sola,
Como la blanca amapola
Cortada por el arado.

Deja esa tierra lejana
Donde el crímen tanto brilla,
Y ven á esta hermosa orilla
Donde no hay oro ni grana;
Pero hallarás lindas flores,
Palmas, naranjos y ríos,
Bosques grandes y sombríos,
Morada de los amores.

Verás cómo se derraman
En las playas arenosas
Olas grandes y estruendosas,
Que se van, vienen y braman:
Cuando soberbias se enojen,
Inocente y sin testigo
Cogerás conchas conmigo,
Aunque el blanco pié te mojen.

Subiremos si gustares
A un peñasco, y tus ojuelos
Mirarán los anchos cielos,
Mirarán los hondos mares:

Verás la luna y luceros,
Brillar en la noche fría,
Y escucharás la armonía
De fuentes y cocoteros.

Hallarás dulce reposo
De las aguas al murmullo,
De la tórtola al arrullo
Bajo el plátano ruidoso.
En el cárdeno Occidente
El sol ponerse veremos,
Y al insecto escucharemos
Que susurra tristemente.

Contigo iré á las colinas,
Contigo á los mansos ríos,
A los bosques siempre umbríos,
Y á las fuentes cristalinas.
Ven, y estos puros placeres
Gozarás aquí á mi lado,
Haciéndome afortunado
Con decirme que me quieres.

LA MUERTE DE DORILA

Todo respira alegría
En esta inmensa llanura,
Aquí reina la frescura
Y el mas tranquilo placer.
Solo en tanto el alma mia
Devora negra tristeza;
Dorila, sin tu belleza,
¿Qué me puede entretener?

El agua fresca humedece
A la rosa encantadora,
A la adelfa vividora
Y á la azucena de Abril:
El céfiro alegre mece
De la flor el verde tallo,
Solo yo contento no hallo
Sin mi Dorila gentil.